

Hablar de Antonio Fernández Molina, es ahondar en el concepto de vanguardia, de multidisciplinariedad, de integración de las artes y sobre todo en el de genialidad.

Su condición de poeta-pintor, aprendida en el Postismo y posterior Realismo mágico, lleva a considerar la existencia de un arte integral que convierte a su pintura en la fusión de otras muchas disciplinas artísticas tales como el dibujo, el collage, el cine o el teatro.

Su poética, siempre vinculada a la literatura, gira en torno a su idea de belleza que consiste, tal y como define el artista en *El cuello cercenado*: transformar el mundo. Para ello, parte de la existencia de dos realidades: la objetiva, que es la que todos conocemos y la subjetiva que para él es la verdadera.

A través de la observación, el artista encuentra en el campo y la ciudad, las llamadas subconscientes que le trasladan a su etapa infantil y que más tarde afloran en el proceso de creación como quintaesencia de su obra. De su niñez asume el entretenimiento, que le permite considerar el arte como una distracción, pues para Molina “Todos los días son espléndidos”. Así mismo la imaginación y la fantasía de un niño, le permiten dar el salto definitivo a esa surrealidad a través del recurso de la inversión, multiplicación y oposición de elementos que, junto al humor (humor crítico en relación al teatro del absurdo) y la ironía, justifican la variedad de planos (perfil-frente), dobles cabezas o sus peces-mosca.

Por otro lado, el entusiasmo cromático, colores alegres, llamativos y chillones que tanto nos recuerdan al arte naïf o a Joan Miró, se presentan descontextualizados del objeto, lo que hace evidente su vinculación al Fauvismo y su inclusión en la corriente informalista.

En definitiva, sus vivencias son clave en la obra de Fernández Molina: el pez que intenta rescatar de un estanque cuando es niño y que en su pintura usa de sombrero, flotando en el aire o junto a un automóvil; el ambiente rural y cotidiano que se manifiesta en nubes transformadas, árboles con rostro o la presencia de la gallina que le estimula a picotazos; el aspecto teatral con el que observa la vida, en sus arlequines o maniqués molinianos e incluso el sombrero que pide a Carlota Cuesta a cambio de una de sus obras y que se convertirá, sin duda, en referente clave de su personalidad externa.

Por tanto, esta exposición es el escaparate en el que tantas ocasiones pretendió verse el artista y a través del cual el espectador puede asomarse a la obra de Antonio Fernández Molina y redescubrir a un artista, que vinculado y apreciado por otros muchos, en la línea de Juana Mordó, Ramón Gómez de la Serna, Miguel y José Antonio Labordeta ó Cirlot, se dedicó a lo largo de su vida, y en palabras de Gabino Alejandro a “algo tan sencillo como crear para el tiempo, para la continuidad inevitable de la cultura del hombre, la que el hombre necesita para su supervivencia y justificación”.

María Reguillo Moreno